Vivir para la muerte

Vicente Puchol

UNO y CERO EDICIONES

Colección ***Narrativa***

© 2016, Vicente Puchol
© 2016, Mercedes Puchol por el prólogo
© 2016, UNO Y CERO EDICIONES

ISBN: 978-84-944985-1-0

Diseño gráfico y cubierta: Vicente Fenoll
UNO Y CERO EDICIONES
C/ Vicente Gaos, 3, A2
46021 — Valencia

www.unoyceroediciones.com
contacto@unoyceroediciones.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño de la cubierta, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna otra forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, conocido o por conocer, sin el permiso previo, expreso y escrito, de los titulares del Copyright.

VIVIR PARA LA MUERTE

Vicente Puchol

Prólogo de Mercedes Puchol

UNO Y CERO
EDICIONES

ÍNDICE

Vicente Puchol 6

Prólogo 8

El nazismo alcanza el poder 41

El último tren 53

A. Eden se entrevista con Göring y Hitler 66

La anexión de Austria 75

La mascarada nazi en Italia 79

Chamberlain y Hitler, frente a frente 83

La conferencia de Munich 94

La tragedia de un presidente 103

La noche de los cristales rotos 126

La entronización de Hitler 132

La usurpación nazi del heroísmo de Herbert von Kleiber 134

El circuito antinazi de información 147

Un héroe antinazi en las calles de Berlín 161

Edda 168

Herbert von Kleiber se enfrenta a la Gestapo 174

Edda y Herbert filosofan 182

Kleiber visita a Martin Heidegger 193

La invasión de Rusia 201

Herbert von Kleiber visita la guarida del lobo 212

La paranoia de Martin Bormann 224

El circuito industrial de Moscú 235
Edda y Bormann 245
El Tercer Reich deriva hacia la destrucción 251
La solución final 260
La rendición del sexto ejército 269
Ataque de los animales del zoo 273
Credenciales en un mundo de mentiras 282
El nazismo da garrote vil a Hitler 291
Entre Calais y Normandía 296
Rommel traiciona su uniforme 305
Un refugio de sabiduría y amistad 310
Herbert von Kleiber y Claus von Stauffenberg 313
La batalla de las Ardenas 325
El nazismo se desvanece 346

VICENTE PUCHOL

Nacido en Valencia, licenciado en Derecho, y notario de profesión, vivió la amistad durante muchos años con los grandes escritores de su época. Fiel a su vocación de escritor, el desempeño de su profesión de notario representó también para él un observatorio privilegiado para conocer en profundidad los conflictos de intereses de los seres humanos y el contexto legal en que se enmarcan.

En el año 1982 publicó su primera novela, *Crates emancipa a Crates*, y posteriormente *El gran danés* (premio de la Crítica de Novela en Castellano del Ayuntamiento de Valencia), *Germánico* y *Alguien soñó sobre una piel de toro*. Actualmente ha revisado toda su obra literaria, y ha escrito un libro de relatos y varias novelas aún inéditas.

Tras diversas entrevistas y elogiosas críticas en periódicos y revistas literarias, en el año 1992, en la *Historia y Crítica de la Literatura Española* dirigida por Francisco Rico, el prestigioso crítico Santos Sanz Villanueva dijo de él: "Vicente Puchol es uno de los más vigorosos cultivadores en nuestro país de una narrativa de raíz alegórica y tono, a veces, kafkiano. Sus novelas, densas, simbólicas e inclinadas a la relación de inventivos episodios, contienen una fuerte dimensión crítica de valores morales y sociales de nuestro tiempo".

PRÓLOGO

La narración de historias revela el significado
sin cometer el error de definirlo.
Hannah Arendt

Cuando Teresa Garbí, que conocía mis trabajos de investigación como psicoanalista sobre el tema del fanatismo me pidió, en nombre de la editorial y con la aquiescencia de Vicente Puchol, que fuera yo quien escribiera el prólogo de esta novela, en un primer momento, dudé, en función de la cercanía al propio autor. Sin embargo, posteriormente, pensé que los hijos también somos los herederos de la memoria y que, como tales, estamos llamados a realizar un trabajo de filiación que, precisamente, posibilita esa labor psíquica que permite el desasimiento de los padres continuando su obra. De este modo, este prólogo tratará de reunir mis reflexiones sobre el fanatismo, al modo de un ensayo sobre el fenómeno del nazismo, con mi conocimiento del autor.

Para Vicente Puchol la ética, y su salvaguarda, ha sido una preocupación constante a lo largo de su vida y de su obra. De ella ha dicho:

«La ética es la columna vertebral de la obra de arte. Sin ella, el lector no puede asentir a lo que exprese el autor, a menos que el autor se distancie de lo que escribe o tácitamente muestre su disconformidad. Por ello, en todas mis novelas, la preocupación por la justicia moral y económica ha sido mi hilo conductor y ha

permitido que sobre la descripción de las injusticias y atropellos de los hombres, se proyecte la luz, la voz del escritor».

De este modo, el nazismo, considerado por el autor como «una de las mayores catástrofes humanas», es mostrado y analizado en toda su crudeza, a través de la novela que el lector tiene entre manos, como la esencia del trastocamiento y desmantelamiento de la ética por antonomasia. En este contexto sociohistórico, y de acuerdo al comentario de Vicente Puchol para la sinopsis de su novela:

«Todos los jerarcas nazis y los líderes de las potencias occidentales, con sus ministros y embajadores, van tejiendo con sus hechos y sus palabras el texto de la narración. A todos ellos el autor, partiendo de sus personalidades históricas, rigurosamente respetadas, los deja en libertad para que cada uno la desarrolle según su talante. De entre los personajes de ficción hay un grupo de profesores de filosofía de la Universidad de Hannover, antinazis, que debaten sobre el horror del cataclismo político explosionado en Alemania, de todos los cuales únicamente sobrevive uno de ellos: Herbert von Kleiber quien, por una supuesta *heroica* casualidad de doble interpretación, llegará a alternar con Hitler y a polemizar con el filósofo Martin Heidegger, de quien fue alumno y ayudante».

De este modo si, al decir de su autor, el protagonista de esta novela es el nazismo que se encarna en la frase que da título a la misma: *Vivir para la muerte*, originariamente enmarcada en la filosofía heideggeriana, pero transformada y trastocada desde un estado mental fanático para pasar a convertirse en la esencia y la

sentencia de la propia muerte, también la voz de la resistencia va a tomar en esta novela un papel principal a través de la personalidad y la voz de un personaje de ficción: el filósofo alemán Herbert von Kleiber como representante de todas esas voces que no pudieron ser escuchadas pero que, aunque silenciadas, formaron parte de la resistencia alemana.

Sabemos que un fenómeno de la envergadura del nazismo hundió sus raíces en una altamente compleja constelación de factores y elementos de muy diversa índole que, a lo largo de la historia, han tratado de ser explicados y comprendidos desde cuatro grandes dimensiones que mantienen una estrecha relación entre sí y que trata de recorrer esta novela: la histórica, la socio-cultural (donde incluyo también el marco político-económico), la psicológica y la filosófica. Si las relaciones entre historia y literatura se remontan a la antigüedad, la puesta en valor de su cooperación mutua es materia de actualidad. Precisamente fue el filósofo Martin Heidegger, con el que va a dialogar y debatir el personaje principal de esta novela, quien puso de manifiesto que el significado de *historia* conjuga tanto el acontecimiento como la narración del mismo. En la medida en que para él la historia, como el *ser*, que es en sí mismo su propia historia, nunca puede alcanzar aquello que quisiera narrar o describir, es irrecuperable por definición, de forma tal que una historia completa y fidedigna es una entelequia. Desde esta perspectiva heideggeriana, que ha tenido un importante impacto en el pensamiento y la filosofía occidental, la recuperación de la memoria histórica puede necesitar de varias y múltiples historias, siempre al borde de la

falsificación y del error, en la medida en que tocan un fondo que nunca es posible alcanzar.

Sin embargo, y con anterioridad a esta concepción heideggeriana, ya Sigmund Freud había conceptualizado la noción de *nachträglichkeit*, traducida como *posterioridad*, para referirse a su concepción de la temporalidad y causalidad psíquicas. Desde esta concepción las experiencias, impresiones y huellas mnémicas son modificadas retroactivamente en función de nuevas experiencias o del acceso a un nuevo grado de desarrollo, acción psicológica que les permite adquirir, al mismo tiempo que un nuevo sentido, una eficacia psíquica. Posteriormente, la psicoanalista Piera Aulagnier dirá que: «El yo es un historiador-constructor que jamás descansa, e inventor, si es necesario, de una historia libidinal de la que extrae las causas que le hacen parecer razonables y aceptables las exigencias de las duras realidades con las que le es preciso cohabitar: el mundo exterior y ese mundo psíquico que, en buena parte, permanece ignoto a él». Me consta por el propio autor de esta novela que en este marco, atravesado por el pensamiento filosófico y psicoanalítico del que es deudor, se inscribe la obra literaria de Vicente Puchol. De todos modos, no en vano Freud consideró a los poetas y escritores como unos «valiosísimos aliados, cuyo testimonio debe estimarse en alto grado, pues suelen conocer cosas existentes entre el cielo y la tierra y que ni siquiera sospecha nuestra filosofía (…) pues beben en fuentes que no hemos logrado aún hacer accesibles a la ciencia». Desde esta perspectiva, hay quienes piensan que el novelista sería como una especie de psicoanalista sin método ni paciente, pero

capaz de incorporar a sus creaciones artísticas su conocimiento del inconsciente adquirido a través de la autoobservación.

En su ensayo sobre *El origen de la obra de arte* Martin Heidegger dice que «todo arte es en su esencia un poema» porque en el poema no solo se dice algo, sino que se recrea el mismo decir que, en una paradoja o juego de encubrimiento y des-encubrimiento, desvela la cosa bajo un fondo que no comparece o no se desvela. Desde esta perspectiva, el ser es indisociable a su propio encubrimiento y a su propia carencia y finitud, lo que nos permite considerar no sólo al poema, sino a toda obra de arte como «una iluminada rosa negra», siguiendo la metáfora del poeta Francisco Brines. No es casual que la poesía sea para Vicente Puchol un referente en su novelística y que entre sus mejores amigos se hayan encontrado grandes poetas como: Vicente Aleixandre, Carlos Bousoño, Francisco Brines, Claudio Rodríguez, José Hierro y un largo etcétera de voces que, desde mi infancia, sentí que iluminaron mi casa con una luz especial: la luz de la poesía. Una luz que describiría, tal y como le oí decir una vez a Vicente Aleixandre, como «aquella que, sin pretender deslumbrar, convoca y se nutre de la propia luz que emana del oyente y/o lector del poema» y, por extensión, de todo receptor de una obra literaria.

Sabemos también que fue precisamente Martin Heidegger, cuyo personaje y filosofía forman parte de esta novela, quien estableció en la raíz de su propia filosofía, el arte y la poesía como los escenarios privilegiados de manifestación de la verdad en la medida en que, desde sus supuestos teóricos, la verdad que en su esencia se origina en la libertad, no es un lugar fijo, sino un

camino regido por el enigma y atravesado por su propia finitud. Pero en la cima de un pensamiento también podemos toparnos con una paradoja que puede albergar el horror de la muerte. Esta es la paradoja con que se topa Herbert Von Kleiber (el filósofo protagonista de esta novela) y que no puede sostener sin resultarle trágicamente inmetabolizable. Paradoja trágica e inmetabolizable que nos convoca a todos nosotros como lectores, de la misma forma en que lo ha hecho a generaciones de pensadores y personas, que han tratado de representarse y comprender también los motivos de la filiación política de Heidegger al nazismo en sus orígenes.

Paralelamente, la obra de Martin Heidegger, pese a su reconocida influencia en el pensamiento occidental, también ha sido objeto de polémica. Enmanuel Levinas, entre otros, pensaba que la ontología heideggeriana permanecía interna al ser, sin conseguir abrirse paso a la alteridad. También su estilo y expresión han sido objeto de controversia, como pusieron de manifiesto W. Adorno y R. Carnap, y se ha llegado a afirmar que, a veces, su tono oracular desvía la propia intención teórica al confundirla con la imagen de la que se sirve, o que la metáfora acaba confundiéndose con la cosa. Desde esta perspectiva, se ha llegado a plantear que algunas de sus descripciones pretenden establecerse como verdad por encima de cualquier condición y reflexión.

Al mismo tiempo, la filosofía de Heidegger bordea el abismo, e incluso se ha llegado a afirmar que lo busca directamente desde el punto de vista metodológico. De hecho, resulta inquietante que en su ensayo *La frase de Nietzsche "Dios ha muerto"*, llegue a afirmar:

«El nihilismo, pensado en su esencia, es el movimiento

fundamental de la historia de Occidente. Muestra tal profundidad, que su despliegue sólo puede tener como consecuencia catástrofes mundiales. (…) Aquellos que se creen libres de él, son tal vez los que más hondo lo desarrollan. Del carácter inquietante de este inquietante huésped forma parte el hecho de no poder nombrar su propio origen».

Sin embargo, en este mismo ensayo Heidegger también nos alerta de que:

«No hay que olvidar que Nietzsche concibe la metafísica de la voluntad de poder precisamente como superación del nihilismo.»

Y Heidegger concluye su ensayo sosteniendo que «el pensar sólo comienza cuando hemos experimentado que la razón, tan glorificada durante siglos, es la más tenaz adversaria del pensar».

Y llegados a este punto, podríamos formularnos las siguientes preguntas: ¿Puede la razón, cuando es elevada a la categoría de verdad absoluta, llegar a suplantar al pensamiento? ¿Sería esto una característica del estado mental fanático?

Precisamente, el filósofo Emmanuel Lévinas fue uno de los que subrayaron que la ontología heideggeriana permanecía interna al ser en la medida en que, aunque abre el yo al mundo, cierra la existencia y el ser al *Otro*, a la trascendencia, que es responsabilidad ética y amor. De esta forma, Lévinas creía que Heidegger no percibió que la posibilidad esencial del *Mal elemental* podía llegar a acceder por la lógica, posibilidad «para la cual —según Lévinas— la filosofía occidental no estaba suficientemente precavida».

Esto nos sitúa en las entrañas mismas del fanatismo y, por ende, del nazismo, que podemos concebir como un estado mental

susceptible de pervertir y trastocar hasta el máximo la capacidad de pensar. Frente al horror al vacío, representado filosóficamente por el *nihilismo* pero, en este caso, concebido como un estado de partida y llegada al unísono, el ser humano puede llegar a erigir defensas psíquicas extremas. De este modo, puede llegar a servirse de la propia creación de confusión para defenderse del *horror vacui*, induciendo la confusión de lo malo con lo bueno y de lo bueno con lo malo, y haciendo uso de ataques cínicos a la verdad como medio para consolidar una estructura defensiva en la organización de su personalidad. Precisamente fue el psicoanalista Donald Meltzer quien puso de relieve en su libro *Estados sexuales de la mente*, publicado en el año 1973, todos estos aspectos de las perversiones caracterizadas por la *perversidad de sus propósitos*. Estas fueron concebidas por él como estados mentales engendrados por el liderazgo momentáneo o fijo de la parte destructiva o de los aspectos destructivos de la personalidad. Desde su perspectiva, el significado específico del impulso a pervertir consistiría en alterar de tal manera lo *bueno* que quede convertido en *malo*, pero tratando de conservar engañosamente la apariencia de bueno. Meltzer llega a afirmar que no hay actividad humana que no pueda llegar a ser pervertida, ya sea por medio de la seducción, la amenaza o la confusión. Lo que caracterizaría entonces la perversidad de los propósitos de este tipo de funcionamiento sería su destructividad, que se evidenciaría en su disposición a corromper los principios éticos, la verdad o la belleza.

Tomando como base una representación o metáfora para describir esta siniestra situación psíquica, Meltzer se sirve de lo

que él denomina la figura interna o el objeto interno del *outsider* que representaría a toda aquella persona o ser extraño a la familia que se posiciona como enemigo de la creatividad parental, de la armonía familiar y, por ende, del amor. El describe a este objeto interno o figura interna malévola como la de: el malvado, el cínico, el estropeador y portador de *la marca de Caín* que muestra una extrema tendencia a desarrollar cultos y a entronar a las figuras o a los objetos malos. Esta figura u objeto interno del *outsider*, que lidera y representa la *parte mala del sí mismo*, el mal por antonomasia, puede variar de persona a persona en función de los aspectos de la personalidad que tome. Puede capturar la inteligencia, e incluso volverla contra sí misma, y especialmente capturar los atributos verbales de la manipulación simbólica. Meltzer parte de la base de que este estado mental descrito puede llegar a asumir el control de la personalidad sometiendo a las partes o aspectos adultos de la misma, y a las figuras u objetos internos buenos, a una actitud de abandono y entrega. Este estado mental está invadido por sentimientos y actitudes de envidia hacia la belleza, la bondad, la armonía y la generosidad de la representación de lo que él denomina *la familia idealizada*. De este modo, podemos observar cómo la envidia también puede estar vinculada a una idealización extrema.

Desde este estado mental de extrema destructividad y envidia, el sujeto trata de destruir todas estas cualidades y desarrollar una competencia envidiosa que no trata de emular, sino de pervertir. El negativismo que emana de este impulso extremadamente destructivo no se contenta con rechazar, y debe hacer lo contrario,

creando un mundo que es el negativo de todo en la naturaleza. Al estar el sujeto dominado por la pulsión de muerte, sus impulsos son anti-naturaleza y el mundo que quiere construir es el de la no-vida, donde todo tipo de angustia, propia de los que están vivos y aceptan los límites temporales, quede eliminada. Su lema es: «Mal, sé tú mi bien», tratando de actuar sus propias confusiones mediante teorías arrogantemente afirmadas, buscando pervertir y provocar adicción en un proceso que conduce inevitablemente a la locura y la muerte. Desde este enfoque, inequívocamente comprometido con una concepción del mal, podemos vislumbrar a todas estas partes malas, o aspectos mortíferos de la personalidad, a la luz del *Príncipe de las Tinieblas* de Milton que prefiere regir en el infierno antes que servir en el cielo.

«El problema del mal será la cuestión fundamental de la vida intelectual de la Europa de posguerra», declaró H. Arendt en 1945. Para esta autora el *mal radical*, expresión utilizada por Kant para referirse a una *mala voluntad perdida*, aparece como un mal absoluto que manifiesta «un intento organizado de erradicar el concepto de ser humano» y que plantea una ruptura antropológica al hacer realidad en los campos de concentración ese: «todo es posible». Los campos de la muerte, los destructores por antonomasia de la pluralidad y singularidad humanas, constituían —de acuerdo a esta autora— un «olvido organizado» para los prisioneros y para sus familias y amigos, en la medida en que el dolor y el recuerdo estaban prohibidos. En ellos incluso la muerte acababa siendo anónima, «arrebatando al individuo su propia muerte. Su muerte pone simplemente un sello —al

decir de H. Arendt— sobre el hecho que en realidad nunca había existido».

«Sin tener en cuenta la renuncia casi universal, no a la responsabilidad personal, sino al juicio personal, en las primeras fases del régimen nazi, es imposible entender lo que realmente ocurrió» —declaró H. Arendt en su ensayo *Responsabilidad personal bajo una dictadura*.

Si la capacidad de juzgar y discernir está indisolublemente ligada al pensar, el juicio, además, contiene unas máximas para su aplicación que ya Kant puso de relieve. Estas serían: el ejercitar un pensamiento propio e independiente emancipado de la tutela ajena y de los pre-juicios, y el poder pensar de forma coherente y de acuerdo con uno mismo, siendo capaces de ponernos, al mismo tiempo, en el lugar de cada otro, identificándonos y empatizando con nuestros semejantes. Fue precisamente en la tercera crítica kantiana: *La Crítica del juicio,* donde H. Arendt descubrió a un Kant político que entiende que el pensar y el juzgar se realiza en el mismo reconocimiento de la pluralidad de perspectivas y en la necesaria e ineludible comunicación entre los individuos.

Se ha planteado que, aunque el interés de H. Arendt sobre la cuestión del juicio ha recorrido toda su obra, fue el caso de Eichmann el que la puso más sobre aviso acerca de las consecuencias de no practicar el pensar y el juicio y, por tanto, el discernimiento entre el bien y el mal. Pero si el mal comienza siendo un *mal radical* —siguiendo la que fue la primera conceptualización de esta autora— este también puede llegar a transformarse en un *mal banal* o en *la banalidad del mal*, expresión de H. Arendt que,

desafortunadamente, no ha escapado de ser ella misma también banalizada. En relación con esta cuestión Hanna Arendt llegó a decir:

«El mal (…) puede crecer desordenadamente y arrasar el mundo entero, precisamente porque se extiende como un hongo en la superficie. [De un modo parecido a la imagen metafórica con la que Vicente Puchol comienza su novela cuando los dos filósofos, que formarán parte de la resistencia alemana contra el nazismo, conversan al principio de la misma]. Desafía el pensamiento, según dije, porque el pensamiento intenta alcanzar alguna profundidad, ir a la raíz, y en el momento en que se ocupa del mal, se ve frustrado porque allí no hay nada. Esta es su banalidad».

En su libro *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal,* Hanna Arendt emprendió un minucioso reportaje del juicio contra Adolf Eichmann en Jerusalén en el año 1961. Otto Adolf Eichmann, teniente coronel de las SS nazis, fue el responsable directo de la solución final, principalmente en Polonia, y de los transportes de deportados a los campos de concentración alemanes durante la segunda guerra mundial. En su libro H. Arendt despliega una detallada descripción de los hechos que se juzgaban y un epílogo en el que expone sus tesis sobre el caso y los problemas legales que presenta. Sobre todo ello la autora comenta:

«"Mi único lenguaje es el burocrático", decía Eichmann. Pero la cuestión es que su lenguaje llegó a ser burocrático porque él era incapaz de expresar una sola frase que no fuera un cliché. Sin

duda, los jueces tenían razón cuando por último manifestaron al acusado que todo lo que había dicho eran *palabras hueras*, pero se equivocaban al creer que la vacuidad estaba amañada, y que el acusado encubría otros pensamientos que, aun cuando horribles, no eran vacuos. (…) A pesar de los esfuerzos del fiscal, cualquiera podía darse cuenta de que aquel hombre no era un *monstruo*, pero en realidad se hizo difícil no sospechar que fuera un payaso».

Hanna Arendt encontró que existía una trágica desconexión entre la figura insignificante del individuo Eichmann y la magnitud de los crímenes que había cometido. Por eso dijo que:

«Lo más grave en el caso Eichmann era precisamente que hubo muchos hombres como él, y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terroríficamente normales».

Entonces, en este caso que Hanna Arendt nos describe, lo más terrible y trágico no está colocado solo en el personaje sino en que, potencialmente, pueda haber muchos otros idénticos a él que acaban deshumanizándose y convirtiéndose en engranajes e instrumentos de una inmensa maquinaria de muerte.

Este trágico y terrible fenómeno de masas nos lleva a pensar en el concepto de *alienación* que desarrolló la psicoanalista Piera Aulagnier.

«Con este término defino —dice Piera Aulagnier en su libro *Los destinos del placer*— un destino del yo y de la actividad de pensar cuya meta es tender hacia un estado aconflictivo, abolir todas las causas de conflicto. (…) La alienación, implica y preserva un estado de total desconocimiento, por parte del alienado, del

accidente sobrevenido a su pensamiento. (…) [De este modo] la alienación supone una vivencia no nombrable y no perceptible por el que la vive. (…) El sujeto no sustituye la realidad por su fantasía ni por una reconstrucción delirante, sino exactamente por *el discurso dicho por el otro*. La realidad es tal como ese otro la define, y el sujeto es conforme a la definición que ese otro da».

Desde esta perspectiva, la alienación al pensamiento y al deseo de otro supone una renuncia al pensamiento y al juicio propio, tal y como también nos mostró H. Arendt, y también a toda esa parte de autonomía y libertad que el yo necesita para reconocerse pensante y deseante, y no simple eco de las palabras o mandatos del otro, o simple ejecutor de sus deseos o imposiciones.

Precisamente, en su libro *Eichmann en Jerusalén*, Hanna Arendt analiza también este fenómeno a través del reportaje del juicio contra Adolf Eichmann.

«Durante el interrogatorio —nos dice H. Arendt— Eichmann declaró repentinamente, y con gran énfasis, que siempre había vivido en consonancia con los preceptos morales de Kant, en especial con la definición kantiana del deber. (…) Esta afirmación resultaba simplemente indignante y también incomprensible, ya que la filosofía moral de Kant está tan estrechamente ligada a la facultad humana de juzgar que elimina en absoluto la obediencia ciega. (…) Pero ante la sorpresa general, Eichmann dio una definición aproximadamente correcta del imperativo categórico: "Con mis palabras acerca de Kant quise decir que el principio de mi voluntad debe ser tal que pueda devenir el principio de las leyes generales". A otras preguntas, Eichmann contestó añadiendo

que había leído la *Crítica de la razón práctica*. Después explicó que desde el momento en que recibió el encargo de llevar a la práctica la Solución Final, había dejado de vivir en consonancia con los principios kantianos. Lo que Eichmann no explicó a los jueces fue que (…) no se había limitado a prescindir de la fórmula kantiana por haber dejado de ser aplicable, sino que la había modificado de manera que dijera (…) según la fórmula del *imperativo categórico del Tercer Reich*, debida a Hans Frank, y que quizás Eichmann conociera: "Compórtate de tal manera que si el Führer te viera aprobara tus actos"».

Este caso, que nos sume en la más absoluta indignación y perplejidad, nos lleva a pensar también en cómo el fanático saca las palabras de contexto, pervirtiéndolas y desarticulándolas de su significado y sentido original, para transformarlas en proposiciones que pueden llegar a funcionar al modo de un imperativo.

El psicoanalista Ronald Britton, que ha explorado en su práctica clínica los fenómenos del fundamentalismo, fetichismo e idolatría considera al *fundamentalismo* como la "adoración de la Palabra" y a la *idolatría* como la "adoración de la Cosa", y sugiere que ambos pueden estar unidos en mutua hostilidad pero que siempre coexisten. En el *fundamentalismo* las palabras son tratadas como poderosas, sagradas e inviolables, trascendiendo su función de comunicar un significado; y en la *idolatría* la cosa en sí misma o la persona es deificada pasando a ocupar el lugar de una fuerza sobrenatural. R. Britton considera que cuando el proceso normal de interacción entre fantasía y realidad se ha roto aparece el fundamentalismo y la idolatría.

«Creo que aparecen donde la Idealidad y la Realidad, o si se prefiere, los objetos Internos y Externos son sentidos no sólo como incompatibles sino que uno será la muerte del otro» —comenta R. Britton.

Desde otra perspectiva, la psicoanalista Piera Aulagnier también puso de manifiesto cómo la posibilidad de poner en duda y cuestionar el pensamiento del otro y de entrar en conflicto con el pensamiento de ese otro, sin que por ello haya que temer la muerte de uno de los dos pensamientos, es una condición necesaria para la actividad psíquica. Debido a esto, es esencial para la propia estructuración psíquica del niño, a partir de un momento de su evolución, que las figuras parentales puedan reconocerle estos derechos fundamentales para su desarrollo como sujeto pensante e individual. A lo largo del desarrollo, el propio yo idealizado: *su majestad el bebé* —como lo denominaba Freud— no sólo tiene que caer sino que, junto a él, también se necesita desidealizar el tiempo infantil y destronar a los propios padres idealizados de la infancia. Si esto no se produce, las figuras parentales de la infancia siguen detentando todo el poder omnímodo que el niño les atribuía en su fantasía, pudiendo también llegar a ser reemplazadas o sustituidas por otras que las encarnan. De esta forma, una persona puede llegar a mantener una relación sumamente regresiva en las referencias a las que apela en sus juicios de verdad como llegar a creer, por ejemplo, que algo es cierto sólo por el hecho de que lo dice la persona amada, idealizada o idolatrada. Desde este pensamiento, bajar del pedestal en que el niño colocó a sus figuras parentales

implica también dejar de ser la historia que el otro cuenta en su lugar, dejar de desear lo que el otro desea que él desee, y dejar de elegir exclusivamente aquellas elecciones que se le sugieren o se le imponen. En relación con esto, me viene a la mente algo que me transmitió mi propio padre y que, en cierto sentido, ha sido uno de los legados que más le he agradecido: «Un padre —me dijo— debe ser capaz de aportar a sus hijos una capacidad de pensar que les permita libremente tanto el poder recibir de él, como el ser capaces de cuestionar los pensamientos de sus progenitores, desarrollando un pensamiento propio».

De acuerdo a lo postulado por Erich Fromm en el prefacio de su libro *El miedo a la libertad*:

«La comprensión de las causas que llevan al abandono de la libertad por parte del totalitarismo constituye una premisa de toda acción que se proponga la victoria sobre las fuerzas totalitarias mismas».

Como puso de relieve este autor, la libertad puede llegar a representar para el hombre algo temido y una pesada carga. Dostoievsky, en su novela *Los hermanos Karamazov*, una de las grandes novelas de referencia para Vicente Puchol, decía:

«[El hombre no tiene] necesidad más urgente que la de hallar a alguien al cual pueda entregar, tan pronto como le sea posible, ese don de la libertad con que él, pobre criatura, tuvo la desgracia de nacer».

Pero, por otra parte, cuanto más se frustra el impulso vital y el desarrollo de la propia individualidad, más fuerte es la

destructividad, la cual puede ser definida, de acuerdo a E. Fromm, como «el producto de la vida no vivida». En su artículo, *La psicología del nazismo* este mismo autor afirmaba:

«El nazismo constituye un problema psicológico, pero los factores psicológicos mismos deben ser comprendidos como moldeados por causas socioeconómicas; el fascismo es un problema económico y político, pero su aceptación por parte de todo un pueblo ha de ser entendida sobre una base psicológica».

De acuerdo a E. Fromm hubo una parte de la población que se sintió hondamente atraída por la ideología nazi, vinculándose a ella de una manera fanática. Al mismo tiempo, otro sector de la población, que inicialmente se resistió, dejó que su voluntad de resistencia se derrumbase rápidamente, con la excepción de una minoría que combatió contra la tiranía durante todos esos años, y a la que también da voz y vida la novela de Vicente Puchol que el lector tiene entre manos.

Según E. Fromm, desde el punto de vista psicológico, esta disposición a someterse al nuevo régimen parecía motivada, entre otras cosas, por el temor al aislamiento y por un estado de cansancio, resignación y debilidad moral, intensificado por los acontecimientos posteriores a la primera guerra mundial. De esta forma, la derrota nacional y el tratado de Versalles se transformaron en los símbolos a los que fue trasladada la frustración realmente existente que surgía de una profunda decadencia, impotencia e inferioridad de un amplio sector social. Erich Fromm piensa que esta proyección se evidenciaba en el desarrollo personal de Hitler. De él dice:

«Hitler era el típico representante de la baja clase media, un don nadie sin ninguna perspectiva de futuro. De una manera muy intensa se sentía colocado en el papel de paria. A menudo, en *Mein Kampf* habla de sí mismo como de un *don nadie*, recordando al *hombre desconocido* que había sido en su juventud. Pero aunque ello se debiera principalmente a su propia posición social, lo había racionalizado bajo la forma de símbolos nacionales. Nacido fuera del Reich, se sentía excluido de él, no tanto desde el punto de vista social como desde el punto de vista nacional, y de este modo el Gran Reich Alemán, al cual podrán volver todos sus hijos, se transformó para él en el símbolo del prestigio social y de la seguridad. (…) Su anhelo sádico de poder halla múltiples expresiones en *Mein Kampf*».

También E. Fromm piensa que J. Goebbels, ministro para la Propaganda de la Alemania nazi y mano derecha de Hitler, hace una descripción precisa de la dependencia de la persona sádica con respecto a los objetos de su sadismo y de los sentimientos de debilidad y vacío que surgen cuando no puede ejercer el poder de dominio sobre alguien, explicando de qué modo ese poder le proporciona nuevas fuerzas para ejercer el más completo dominio sobre otro individuo. En *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei* dice J. Goebbels:

«A veces uno se siente presa de una profunda depresión. Tan sólo se logra superarla cuando se está nuevamente frente a las masas. El pueblo es la fuente de nuestro poder».

Paralelamente, E. Fromm también cree que una descripción significativa de «aquella forma especial de poder, que los nazis

llaman liderazgo, la hallamos en un escrito de Ley, el líder del Frente del Trabajo». Este escrito, al referirse a las cualidades requeridas en un dirigente nazi, y a los propósitos que persigue la educación para el mando afirma:

«Les enseñaremos a estos hombres a cabalgar…a fin de que experimenten el sentimiento del dominio absoluto sobre un ser viviente».

De hecho, en la formulación que hace Hitler de los objetivos de la educación hallamos una similar exaltación del poder de dominio. Afirma en *Mein Kampf* que:

«Toda educación y desarrollo del alumno debe dirigirse a proporcionarle la convicción de ser absolutamente superior a los demás».

Si el lenguaje había sido definido por el filósofo Martin Heidegger como «la casa del ser», fue también a través del lenguaje como el Tercer Reich trató de infiltrarse y apoderarse del pueblo alemán. El filólogo Víctor Klemperer, que publicó el interesante ensayo titulado: *La lengua del Tercer Reich*, para el que recopiló información desde el ascenso al poder de los nazis y cuya redacción llevó a cabo clandestinamente, pone de manifiesto en este libro cómo el temor al hombre pensante y el odio al pensamiento se manifestaban de diversas formas a través del estilo de lenguaje del Tercer Reich.

«El Tercer Reich se expresa con una uniformidad espantosa en todas sus manifestaciones y en toda la herencia que ha dejado —declara V. Klemperer—. (…) El nazismo se introducía más bien en la carne y en la sangre de las masas a través de palabras aisladas, de

expresiones, de formas sintácticas que imponía repitiéndolas millones de veces y que eran adoptadas de forma mecánica e inconsciente».

Se trata, por tanto, de un lenguaje que, a base de términos-slogan, trata de imponer la endogamia en su más pura y absoluta esencia. El funcionamiento fanático, sirviéndose del lenguaje en su más amplia acepción, destruye la relación simétrica entre pares (que lleva incorporada en sí misma la aceptación de la diferencia y la diversidad), erigiendo un tipo de vínculo asimétrico propio del poder superior de un sujeto sobre otro donde las diferencias, sean del tipo que sean, constituyen necesariamente signos de superioridad o inferioridad. Está atravesado por una *lógica binaria excluyente*: una lógica de la contradicción absoluta en la que el tercero está excluido. Lógica cerrada sobre sí misma que ataca el pensamiento y la diversidad sin dejar escapatoria. Lógica de la deshumanización, del dominio y de la exclusión que se arroga el atributo del ser y que trata de crear autómatas que, si bien están vivos biológicamente, no lo están ni mental ni emocionalmente. Pero, dentro de este círculo vicioso, tal y como plantea E. Fromm:

«La desesperación del autómata humano es un suelo fértil para los propósitos políticos del fascismo. (…) El fascismo no se trata del más alto precio que pueda ser pagado para afirmar el propio yo, sino de un fin en sí mismo (…) que busca el cumplimento de la vida en su negación misma, en la aniquilación del yo. (…) [En el fascismo] se mantiene la fe en la autoridad hasta tanto esta sea fuerte y siga dictando órdenes. En el fondo, su fe está arraigada en la duda y no es más que un intento de dominarla».

¿Quizá por eso el fanático trata de excluir cualquier tipo de duda, misterio e incertidumbre de su mente? ¿Quizá por eso impone una muralla al pensamiento defendiéndolo fervientemente contra la pluralidad de sentidos y significados inherentes a la razón —razón que es vital en su esencia, como nos enseñó el filósofo J. Ortega y Gasset? ¿Quizá también por eso el fanático aniquila el problema, volviendo dilemático lo problemático, y confunde la parte con el todo y el tener con el ser?

«Pero en realidad [el fanático] —nos sigue diciendo Erich Fromm— no tiene fe, si por fe entendemos la segura confianza de que se realizará lo que ahora existe como mera potencialidad. La filosofía autoritaria es esencialmente relativa y nihilista, a pesar del hecho de que frecuentemente proclame con tanta violencia haber superado el relativismo y a despecho de su exhibición de actividad. Está arraigada en la desesperación extrema, en la absoluta carencia de fe, y conduce al nihilismo, a la negación de la vida».

De hecho, Hermann Rauschning proporcionó una buena descripción del carácter nihilista del fascismo en su libro *The Revolution of Nihilism*. El fue un político y escritor alemán que se unió brevemente a los nacionalsocialistas hasta que desertó del movimiento en 1934, abandonando Alemania para establecerse finalmente en los Estados Unidos desde donde se dedicó a denunciar abiertamente el nazismo. Se le recuerda por su libro *Conversaciones con Hitler*, en el que asegura haber mantenido reuniones y conversaciones con Adolf Hitler. Pienso que su figura nos puede llegar a evocar, salvando las distancias,

a la del filósofo protagonista de la novela de Vicente Puchol: Herbert Von Kleiber que, aun siendo antinazi desde el comienzo del nacionalsocialismo, «por una *heroica* casualidad de doble interpretación» —al decir de su autor— llegó a alternar con Hitler.

Pero si, como sostiene E. Fromm, «el nihilismo [en su más pura esencia] conduce a la negación de la vida», ¿puede llegar un pensamiento —en este caso filosófico, como originariamente lo fue el término *nihilismo*— a apoderarse del pensador, de forma parecida a como las novelas de caballerías cautivaron al famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha? ¿Algo de esto pudo ocurrirle al filósofo Heidegger cuando se adhirió al movimiento nazi en sus orígenes? Ya el poeta P.B. Shelley se refirió a: «aquel estado de ánimo en el que puede suponerse que las ideas cobran fuerza de sensaciones debido a la confusión del pensamiento con los objetos del pensamiento, y debido al exceso de pasión que anima las creaciones de la imaginación».

En realidad, el nazismo llevó a cabo en su máxima expresión lo que comenzó siendo un pensamiento filosófico: el *nihilismo* y que, desde el psicoanálisis, podríamos vincularlo con el concepto de *pulsión de muerte* postulado por Freud. De hecho, si algo puede ser descrito como el más pleno cultivo de la pulsión de muerte es la expansión del nazismo.

Sin embargo, y paradójicamente, fue el propio Heidegger el primero en sostener que antes que *pensar* en las cosas como enfrentadas a uno mismo, es precisamente en su *uso* cuando el ser humano descubre su ser, aunque de ello no haga tema. Tema

que pienso que fue desarrollado posteriormente por el filósofo José Ortega y Gasset, a través de su teoría del *perspectivismo*, que condujo a una constante reevaluación de las cosas y de las reglas de acuerdo con las circunstancias de las perspectivas individuales. De esta forma, Ortega y Gasset se opuso a la idea de verdad universal del racionalismo y, por ende, de *verdad absoluta,* y también a la verdad del *relativismo* (que postula la verdad del sujeto como una verdad válida únicamente para el propio sujeto), estableciendo que toda verdad, es una *verdad en perspectiva*, válida desde esa perspectiva y complementaria de las demás perspectivas. Precisamente creo que esta *verdad en perspectiva* es la que también trata de encontrar el psicoanálisis, cuya influencia ha sido relevante a lo largo de la trayectoria personal y literaria de Vicente Puchol.

Como ha mostrado la psicoanalista Teresa Olmos:

«Lo que caracteriza el pensamiento humano es la capacidad de inventar, de crear una realidad que transforma las necesidades básicas del sujeto constituyendo sistemas simbólicos. El objetivo fundamental del psicoanálisis es ayudar al analizado a lograr el máximo nivel simbólico, y analizar, implica buscar verdades singulares y posibles, que son las verdades elaborables».

Sin embargo, el fundamentalista pervierte la búsqueda de la verdad como brújula del pensamiento en la medida en que olvida que la verdad no es un fin, sino una dirección. Ignora, en su renegación de la fe y en su sustitución por dogmas que funcionan al modo de verdades absolutas, que no existe una única verdad, sino diversas verdades singulares que son fruto del profundo proceso

que todo auténtico conocimiento de uno mismo, de los otros y del mundo comporta. Si, como señalaba Kandinsky haciendo referencia a la pintura: «una mancha es un punto expandido»; el pensamiento fanático es puntual y unívoco y se expande con facilidad.

Como dicen Darío Sor y María Rosa Senet en su libro *El fanatismo*:

«De los vacíos suele nacer el fanatismo. (…) El estruendo que crea la Idea Máxima disimula el vacío que le subyace. Nada creativo puede crecer a su sombra, no resta espacio. Es un vacío creado por compresión que succiona como el remolino del desagüe de la bañadera, toda otra idea que pretenda crecer en su entorno. Ejerce un efecto sustractor en la mente».

Por este motivo, el establecimiento de zonas asimétricas en la mente ocurre de forma particular en personas que presentan núcleos vacíos de experiencias vitales humanas. De este modo, estas personas viven en un mundo de eventos, en vez de en un mundo de experiencias, puesto que las experiencias ya implican en sí mismas la capacidad de haber podido transformar los sucesos. De esta forma, en los núcleos o en las áreas de vacío mental nos encontramos con una especie de *vacío vaciado* —valga la redundancia— muy diferente del vacío creador que, a diferencia del primero, es un vacío que tolera la falta y la carencia, y que está ligado al asombro y a la tolerancia a la incertidumbre y la duda que da lugar al acto creador. En el vacío al que me refiero solo queda un despojo y, a veces, ni siquiera una cicatriz.

De hecho, como ha puesto de relieve Teresa Olmos:

«Junto al proceso de simbolizar o la posibilidad de pensamiento, existen zonas impensables en el aparato psíquico, pero necesarias para su constitución. (…) [Pero], por otra parte, pueden existir percepciones o estímulos que por su carácter traumático, producen la no-estructuración o la desestructuración del aparato psíquico. Remiten a un tipo de soledad *ilusoriamente significada* como desamparo y atentan contra la constitución del sujeto creando zonas de no-pensamiento en el aparato psíquico, diferentes a las que son necesarias para constituirlo».

Paralelamente si, como sostenía el propio Heidegger, es en el uso de las cosas donde el ser humano descubre su ser, fue el psicoanalista Wilfred Bion quien puso de relieve, dentro del ámbito del psicoanálisis, que es el *uso* que hacemos de las cosas y de nuestros pensamientos lo que las otorga un valor y un sentido determinados. También él nos enseñó que los pensamientos podían llegar a anteceder al pensador y que el ser humano requería desarrollar un *aparato psíquico capaz de pensar sus propios pensamientos*. Desde esta perspectiva, entonces, los pensamientos pueden llegar a apoderarse del pensador si este no es capaz de metabolizarlos y pensarlos. Creo que algo de este fenómeno estaría también emparentado con el concepto de *ecuación simbólica,* desarrollado por la psicoanalista Hanna Segal. La *ecuación simbólica* implica para el sujeto que la desarrolla que llegue a confundir y equiparar el símbolo con lo simbolizado, desarrollando lo que se conoce como un *pensamiento concreto* que es un tipo de pensamiento o, si se prefiere, de no-pensamiento,

que está sujeto a la literalidad del enunciado. Pero también el propio W. Bion dio un paso más, al postular que el sujeto no sólo puede llegar a atacar el pensamiento equiparando el símbolo con lo simbolizado, sino que también puede llegar a atacar los vínculos que articulan los pensamientos y las palabras, tal y como lo hace el psicótico, y también el fanático, cuando saca de contexto los enunciados de los que se sirve. Recordemos, si no, al propio Eichmann cuando, como nos relató H. Arendt, llegó a declarar que: «siempre había vivido en consonancia con los preceptos morales de Kant, en especial con la definición kantiana del deber».

En la célebre película de Stanley Kramer, y una de las películas más apreciadas por Vicente Puchol: *Judgment at Nuremberg*, conocida en España como: *¿Vencedores o vencidos?*, se desarrolla el llamado *juicio de los jueces* que fue conducido por el tribunal Militar de los Estados Unidos y que formó parte de los conocidos *Juicios de Núremberg*. Los *Juicios de Núremberg* fueron un conjunto de procesos jurisdiccionales, emprendidos por iniciativa de las naciones aliadas vencedoras al final de la Segunda Guerra Mundial, en los que se determinaron y sancionaron las responsabilidades de dirigentes, funcionarios y colaboradores del régimen nacionalsocialista de Adolf Hitler en los diferentes crímenes y abusos contra la Humanidad cometidos en nombre del III Reich alemán a partir del 1 de septiembre de 1939, hasta la caída del régimen alemán en mayo de 1945. En este contexto, Dan Haywood, magistrado estadounidense jubilado, llega en 1948 a la ciudad de Núremberg para encargarse de la labor de juzgar, una vez procesados los jerarcas nazis, a cuatro jueces por su

complicidad en la aplicación de las políticas de desesterilización y pena de muerte del III Reich.Hacia el final de la película uno de los jueces acusados, Ernst Junning, pide una entrevista con el magistrado jefe, Dan Haywood, que ha pronunciado su veredicto de acusación contra él. A él se dirige diciéndole: «Sepa que cuenta con el respeto de uno de los hombres que condenó. En nombre de cuánto hay de digno en el mundo fue justo. La razón por la que le pedí que viniese…es porque… Aquella pobre gente…, aquellos millones de personas…, jamás supuse que se iba a llegar a eso. Debe creerme». A lo que el magistrado Dan Haywood le replicó: «Se llegó a eso la primera vez que usted condenó a muerte a un hombre sabiendo que era inocente».

Recuerdo que una vez, dialogando con mi padre, Vicente Puchol, le conté un hecho que le hizo reflexionar y más, en la medida en que él también era jurista. Conversando, precisamente, sobre esta película mencionada con mi amiga María Angeles, amiga que conservo desde la infancia, ella me contó algo que me impactó. Mi amiga era hija del prestigioso jurista español y catedrático de Derecho Penal: José Ramón Casabó, a quien mi propio padre admiraba y respetaba. Mientras recordábamos su personalidad, mi amiga me refirió que un día, llegando su padre a casa un poco taciturno les contó que, por primera vez, se había enfrentado con el mal trago del deber de tener que suspender en un examen oral a un alumno que se sabía perfectamente la lección. Cuando mi amiga le preguntó, sorprendida, por los motivos de su decisión, parece que él le respondió: «Yo no puedo aprobar a alguien que es capaz de repetir perfectamente un temario, pero

es incapaz de pensar y reflexionar. Pienso que aprobar a alguien en semejantes circunstancias puede representar un peligro para la sociedad».

¿Quizá José Ramón Casabó, con la lucidez que le caracterizaba, pudo prever que se comienza a ser cómplice de un funcionamiento fanático desde el momento en que, por primera vez, decidimos *aprobarlo*?

Este recuerdo me retrotrae a otro relacionado con mi historia. Recuerdo que un día, conversando con mi tía abuela materna Pepita Martinez: hija y modelo del prestigioso fotógrafo de vanguardia Vicente Martinez Sanz, me relató un sueño que la hizo meditar. Ella daba mucho valor a los sueños, no en vano había sido la protagonista del fotomontaje surrealista *Visión* del citado autor, que ganó el primer premio en un certamen de fotografía norteamericana. Mientras me hablaba de la importancia del legado de la cultura judía en España, y de las antiguas raíces judías de nuestra familia, me contó el siguiente sueño:

«Soñé que estaba en el campo de concentración de Auschwitz y que en un lugar del mismo estaba, en medio del horror, el estudio fotográfico de mi padre. Allí entrábamos algunos de los prisioneros y, dentro de él, estábamos libres del horror. No se entendía por qué los nazis no entraban en él y nos dejaban estar. Era como un oasis en medio del horror: una *visión* que escapaba de la visión mortífera de los nazis».

Mi tía que, aunque no fue prisionera de Auschwitz había vivido los horrores de la guerra civil española en carne propia, me dijo meditando:

«Creo que en todo ser humano existen potencialmente dos tipos de *visión*: la que puede conducir hacia la vida y la que puede conducir hacia la muerte. Cuando nos dejamos llevar por la que conduce a la muerte podemos crear campos de exterminio y luchas fratricidas entre hermanos, cuando nos dejamos guiar por la de la vida somos, entonces, capaces de crear y de trascender nuestras propias miserias y el propio horror que nos habita».

Precisamente, en mi trabajo sobre: *El fanatismo de la vida cotidiana* sostenía, siguiendo la *visión* no sólo de mi tía, sino de diversos psicoanalistas, filósofos y escritores en relación a este tema, que los funcionamientos fanáticos pueden expresarse de diversas formas, y que responden a una potencialidad inherente a todos nosotros que puede manifestarse en diferentes contextos y situaciones dando lugar a *estados mentales fanáticos* o *áreas fanáticas de la personalidad*, que derivarían en funcionamientos o actuaciones de este tipo con diferente grado de intensidad y extensión en las personas. Desde este vértice, el fanatismo no sería algo propio de una cultura, una ideología, una nación o una religión, sino que es algo que se puede adherir a todo ello formando parte de todos nosotros como una potencialidad en nuestro interior. En este sentido, el fanatismo no sería definido por una idea o enunciado, sino esencialmente, tal y como pusieron de manifiesto Darío Sor y María Rosa Senet como: «un uso que se adhiere firme y tenazmente a cualquier enunciado (…) emoción, idea, sentimiento o teoría haciéndole adquirir lo que denominamos la *cualidad fanática*». Desde esta perspectiva, entonces, podríamos decir que cualquier enunciado, idea o acción

podría ser susceptible de *ser fanatizada*, más allá de que haya ciertos ámbitos que puedan ser más proclives que otros a que se produzca este fenómeno.

El psicoanalista Christopher Bollas llega a afirmar en su artículo, *El estado mental fascista*, que: «el estado mental fascista común y corriente puede subvertir una mentalidad democrática». Y a la pregunta de cómo se vuelve fascista un individuo intenta dar respuesta a lo largo de todo su artículo. En él sostiene que:

«El elemento nuclear del estado mental fascista (en el individuo o en el grupo) es una ideología que mantiene su certidumbre merced a la operación de determinados mecanismos mentales destinados a eliminar toda oposición».

Desde esta perspectiva, la polisemia, la ambigüedad, la complejidad y la pluralidad de significados que todo orden simbólico comporta es desterrada de la mente y, en su lugar, se erige la idea máxima que mantiene la certeza ideológica. Sin embargo, cuando la mente está guiada por un orden democrático participa, como decía antes, en un movimiento multifacético de numerosas ideas ligadas a *lo simbólico, lo imaginario y lo real* —según la terminología de Lacan—. En ese orden democrático de la mente las palabras, como significantes, son libres de ligarse o unirse a cualesquiera otras palabras expresando, de este modo, la auténtica libertad de lo inconsciente para autorrepresentarse. Pero, cuando se excluye la libertad representativa, los significantes pierden esa libertad y las palabras pasan a ser signos de posiciones dentro de una estructura ideológica que simplifica y congela el orden simbólico. Como dice C. Bollas:

«En un aspecto, la eliminación de lo simbólico, de la polisemia, es el primer asesinato cometido por este orden, ya que lo simbólico es lo que subvierte genuinamente la ideología».

De hecho, ya nos advirtió Freud de que: «una indagación que avanza impertérrita como un monólogo no deja de entrañar sus peligros».

Siguiendo lo planteado por C. Bollas, podemos concluir que la violencia simplificadora de una ideología que no tolera oposición auténtica genera un vacío moral que conduce al individuo a encontrar una víctima que contenga ese vacío, siendo entonces cuando el estado mental fascista se transforma en acto de violencia. De esta forma, el vacío es proyectado en una víctima que, a partir de entonces, es identificada con ese vacío, en la medida en que, en ese momento, la mente fascista deshumaniza para poder llegar a exterminar, después, al otro humano. «Y al negar los atributos del otro aniquilándolo —dice C. Bollas— se gesta en el estado mental fascista una grandiosidad delirante» que llega a idealizar incluso el propio proceso de aniquilación. De hecho, algunos de los opositores al fascismo, como Giovanni Zibordi en el año 1922, fueron capaces de diagnosticar la necesidad de la guerra y su idealización por parte de los fascistas.

Como termina diciendo C. Bollas en su artículo, *El estado mental fascista*:

«Si una persona, grupo, institución o nación desea verdaderamente recobrarse de los traumas provocados por el genocidio intelectual o físico, tendrá que recordar los crímenes que ha cometido. El acto de la rememoración es el antecedente

necesario del perdón (de uno mismo y de los demás) y es el medio para la rehumanización reparadora del grupo».

Por eso necesitamos también de los escritores para que puedan ayudarnos, con la distancia generada por ese espacio potencial que crea la literatura, a ese acto de representación y rememoración que nos ayude a poner en marcha nuestra capacidad de historizarnos, sublimar y reparar.

Si el nazismo se encarna en un *Vivir para la muerte* llevado hasta sus últimas consecuencias, arrasando con todo lo que encuentra a su alcance, Vicente Puchol eleva también a un papel protagonista a la voz de la resistencia de todos aquellos que llegaron a presagiarlo y combatirlo. Esta voz de la resistencia, que a través de la figura de Herbert Von Kleiber nos puede representar a todos los que intentamos oponer una resistencia a las fauces del fanatismo, es también la voz de todos aquellos que, a lo largo de la historia piensan y sienten que antes que *Vivir para la muerte* es necesario *Morir para la vida*.

Mercedes Puchol Martinez

Madrid, enero 2016